

DEREK B. MILLER

EL TIPO
MÁS RARO
DEL MUNDO



DEREK B. MILLER

EL TIPO
MÁS RARO
DEL MUNDO

Traducción de
Aleix Montoto


ESPASA

CAPÍTULO 1

Es verano y el día es luminoso. Sheldon Horowitz se encuentra en un sombreado enclave del parque Frogner de Oslo, sentado en una silla plegable de director que lo eleva por encima del picnic y de la comida, que queda lejos de su alcance. Un sándwich *karbonade* que no le ha gustado descansa sobre su regazo a medio comer envuelto en papel de plata. Con el dedo índice de la mano derecha juega con el vaho de una botella de cerveza que ha comenzado a beber, pero en la que ha perdido el interés hace rato. Sus pies se balancean nerviosamente hacia delante y hacia atrás como si fuera un colegial, aunque ahora que ya tiene ochenta y dos años lo hace más lentamente. Describen un pequeño arco. Sheldon no lo admitirá ante Rhea y Lars —nunca, ni hablar—, pero no puede evitar preguntarse qué está haciendo aquí y qué va a hacer al respecto antes de que el asombro pase.

Sheldon se encuentra a cierta distancia de su nieta, Rhea, y de su nuevo marido, Lars, que ahora le está dando un largo trago a su cerveza y tiene un aspecto tan alegre, tan simpático, tan *dicharachero* que Sheldon quiere arrebatarse el perrito caliente de la mano y metérselo por la nariz. Rhea, que hoy está extrañamente pálida, no reaccionaría bien a eso y podría condenarle a más *excursiones socializadoras* («para que te adaptes»). Si el mundo fuera justo, Sheldon no se las merecería; ni tampoco Lars, el manipulador de perritos calientes. Pero había sido idea de Rhea que se trasladaran de Nueva York a Noruega, y Sheldon —viudo, viejo, impaciente, impertinente— vio en el semblante de Lars un reprimido deseo de recrearse en ello.

Nada de aquello era justo.

—¿Sabes por qué los perritos calientes se llaman perritos calientes?

Sheldon dice esto en voz alta desde su posición de mando. Si tuviera un bastón, lo agitaría en el aire, pero no lo necesita para caminar.

Lars levanta la cabeza hacia él. Rhea, en cambio, se limita a suspirar silenciosamente.

—Primera Guerra Mundial. Nos enfadamos con los alemanes, así que los castigamos cambiando los nombres de sus comidas. Más efectivo que la guerra contra el terrorismo —prosigue—. Nos enfadamos con los terroristas, así que castigamos a los franceses cambiando los nombres de sus comidas.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Lars.

Sheldon ve que Rhea le da unos golpecitos a Lars en la pierna y enarca las cejas, dándole a entender —con la intensidad de un atizador caliente— que no debería animar este tipo de diatribas, estos arrebatos, estas distracciones. Cualquier cosa que pueda contribuir a la acaloradamente debatida demencia.

Sheldon no debería haber visto esa advertencia, pero lo ha hecho, y prosigue con renovada convicción.

—¡Patatas de la libertad! Estoy hablando de las patatas de la libertad. Adiós patatas francesas¹, hola patatas de la libertad. Una ley del congreso llegó a sancionar esta memez. Y luego mi nieta piensa que soy yo quien está perdiendo el juicio. Déjame que te diga algo, jovencita. No estoy cruzando el pasillo de la cordura. El pasillo me está cruzando a mí.

Sheldon mira a su alrededor. No hay altibajos de caprichosos desconocidos como en cualquier metrópolis norteamericana; de esos que no solo son desconocidos para nosotros, sino también entre sí. Ahora se encuentra entre gente alta, homogénea, familiar, bienintencionada, sonriente y vestida con la misma ropa generación tras generación. Por mucho que lo intente, no puede enfadarse con nadie.

¹ En Estados Unidos las patatas fritas se llaman *French fries* («patatas francesas»). (N. del T.)

Rhea. El nombre de una titánide. La hija de Urano y Gaia, cielo y tierra, esposa de Cronos y madre de los dioses. El mismísimo Zeus mamó de su pecho y de su cuerpo nació el mundo conocido. El hijo de Sheldon —Saul, ya fallecido— le puso ese nombre para que destacara en la banalidad que él proyectaba como miembro de la Armada en el Vietnam de 1973 y 1974. Saul fue a casa de permiso procedente de la fuerza Riverine² para descansar y relajarse durante un mes antes de un segundo periodo de servicio. Era septiembre. Las hojas habían caído en el Hudson y en los Berkshires. Según su Mabel —ya fallecida, pero a quien por aquel entonces no se le escapaban esas cosas—, durante ese permiso Saul y su novia solo hicieron el amor una vez, y concibieron a Rhea. A la mañana siguiente, Saul mantuvo una conversación con Sheldon que transformó a ambos, y luego regresó a Vietnam, donde, dos meses después, una bomba trampa del Vietcong le voló las piernas mientras estaba buscando a un piloto derribado en una misión rutinaria de búsqueda y rescate. Saul murió desangrado en el bote antes de llegar al hospital.

«Llámala *Rhea*», escribió Saul en su última carta desde Saigón, cuando Saigón todavía era Saigón y Saul todavía era Saul. Puede que aún recordara las lecciones de mitología del instituto y escogiera el nombre por las razones adecuadas. O quizá se enamoró de aquel aciago personaje del libro de Stanislaw Lem que leyó bajo una manta de lana mientras los demás soldados dormían.

Fue necesario un escritor polaco para inspirar a un judío norteamericano, que le puso a su hija el nombre de una titánide griega antes de morir por culpa de una mina vietnamita mientras intentaba complacer a su padre marine, antiguo francotirador en Corea, y a quien sin lugar a dudas los norcoreanos todavía seguían a través de las tierras escandinavas. Sí, incluso aquí, entre los árboles del parque Frogner en un soleado día de julio, con tan poco tiempo ya para expiar todo lo que había hecho.

² Fuerza fluvial de la Armada de los Estados Unidos. (*N. del T.*)

«Rhea». Aquí no significa nada. Es la palabra sueca para las rebajas en los grandes almacenes. Y, con esta facilidad, todo queda en nada.

—¿Abuelo?

—¿Qué?

—Entonces, ¿qué opinas?

—¿Sobre qué?

—Ya sabes. La zona. El parque. El vecindario. Nos mudaremos aquí cuando vendamos el piso de Tøyen. Ya sé que no es Gramercy Park.

Sheldon no contesta, de modo que ella enarca las cejas y levanta las palmas como queriendo invocar una respuesta.

—Oslo —resume—. Noruega. La luz. Esta vida.

—¿Esta vida? ¿Quieres mi opinión sobre esta vida?

Lars permanece en silencio. Sheldon se vuelve hacia él en busca de camaradería, pero está absorto. Hay contacto visual, pero sus facultades mentales no están activas. Lars se encuentra prisionero de una actuación cultural entre abuelo y nieta; un duelo verbal para el cual no está preparado y que sabe que interrumpirlo sería de mala educación.

Y, sin embargo, también hay algo de compasión en su mirada. Su semblante reproduce una de las pocas expresiones universales conocidas por los hombres de todas partes. Indica: *me-he-visto-involucrado-en-esta-conversación-por-vía-matrimonial-así-que-no-me-mires-a-mí*. En esto, Sheldon siente cierta familiaridad con él. Pero también advierte algo claramente noruego. Algo acrílico que inmediatamente le pone de los nervios.

Sheldon se vuelve hacia Rhea, hacia esta mujer con la que Lars consiguió casarse. Tiene el pelo de color negro azabache y lo lleva recogido en una sedosa cola de caballo. Sus ojos azules lanzan destellos como el mar de Japón antes de la batalla.

A Sheldon le parece que su mirada se ha vuelto más profunda a causa del embarazo.

«¿Esta vida?». Si tuviera que extender la mano para tocar el rostro de su nieta, recorrer sus mejillas con los dedos y acariciarle el labio con el pulgar para limpiar una lágrima errante por culpa

de la fuerte brisa, seguro que rompería a llorar y la cogería, la atraería hacia sí y le colocaría la cabeza en su hombro. Hay vida *de camino*. Eso es lo único que importa.

Ella está esperando una respuesta a su pregunta, y no llega. Él la mira fijamente. Quizá se ha olvidado de la pregunta. Ella se siente decepcionada.

El sol no se pondrá hasta las diez en punto. Hay niños por todas partes y la gente ha salido pronto del trabajo para disfrutar de los días de verano que se extienden ante ellos como recompensa por la oscuridad de los meses invernales. Los padres piden tostas y dan de comer trocitos pequeños a sus hijos al tiempo que vuelven a dejar los biberones de plástico en los caros cochecitos de nombres exóticos.

Quinny. Stokke. Bugaboo. Peg Perego. Maxi-Cosi.

«¿Esta vida?». Ella ya debería saber que esta vida es el producto de muchas muertes. Mario. Bill. O Mabel, la abuela de Rhea, cuyo fallecimiento ocho meses atrás había provocado el traslado de Sheldon.

No hay forma de calcular la trayectoria causada por la muerte de Saul.

El funeral de Mabel se celebró en Nueva York a pesar de que, originalmente, ella y Sheldon procedían de distintas partes del país. Él nació en Nueva Inglaterra y ella en Chicago. Finalmente, ambos se establecieron en Nueva York, primero como visitantes, luego como residentes y, posiblemente, después de muchos años, como neoyorquinos.

Después del funeral y la recepción posterior, Sheldon se fue solo a una cafetería que había en Gramercy, cerca de su casa. Era media tarde. La hora del almuerzo había pasado. Los asistentes al funeral se habían dispersado. Sheldon debería haber comenzado la *shivá*³ y dejado que su comunidad cuidara de él, le diera de comer y le hiciera compañía durante siete días, tal y como dictaba la costumbre. En vez de eso, se sentó en el Coffee and

³ Luto judío. (*N. del T.*)

Tea Bar del 71 de Irving Place, cerca de la calle 19, a comer un *muffin* de arándanos y tomar un café. Rhea, que había ido desde Noruega sin Lars, se dio cuenta de que Sheldon había huido de la recepción. Lo encontró a unas manzanas y se sentó a su lado.

Llevaba un elegante traje negro y el pelo le llegaba hasta los hombros. Tenía treinta y dos años y en su rostro Sheldon advirtió una mirada de determinación cuya causa malinterpretó: creía que le iba a regañar por haberse escaqueado de la *shivá*. Cuando finalmente habló, él casi se atragantó con un arándano.

—Ven con nosotros a Noruega —dijo ella.

—¡Anda ya! —respondió Sheldon.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—La zona se llama Frogner. Es maravillosa. El edificio tiene entrada directa al apartamento del sótano. Tendrías completa autonomía. Todavía no nos hemos mudado, pero lo haremos en invierno.

—Deberíais alquilárselo a unos trols. Allí hay trols, ¿verdad? ¿O era en Islandia?

—No queremos alquilarlo. Me resulta incómodo pensar que unos desconocidos se encuentran todo el rato bajo nuestros pies.

—Eso es porque no tienes hijos. Uno se acostumbra a esa sensación.

—Creo que deberías venir. ¿Qué hay aquí para ti?

—¿Además de *muffins* de arándanos?

—Por ejemplo.

—Me pregunto qué más cosas puede uno necesitar a mi edad.

—No lo descartes sin más.

—¿Qué voy a hacer allí? Soy norteamericano. Soy judío. Tengo ochenta y dos años. Soy un viudo jubilado. Un marine. Un relojero. Me cuesta una hora mear. ¿Acaso hay allí un club que desconozco?

—No quiero que mueras solo.

—Por el amor de Dios, Rhea.

—Estoy embarazada. Todavía es muy pronto, pero está confirmado.

Al oír eso en un día como aquel, Sheldon le cogió la mano, se la llevó a los labios, cerró los ojos e intentó sentir esa nueva vida en el pulso de su nieta.

Rhea y Lars llevaban casi un año viviendo en Oslo cuando Mabel murió y Sheldon decidió ir con ellos. Lars tenía un buen trabajo como diseñador de videojuegos y Rhea se estaba estableciendo como arquitecta. Su título de la Cooper Union de Nueva York por fin le estaba resultando de utilidad y, mientras cada vez más población de Oslo optaba por dejar la ciudad y vivir en la montaña, ella había decidido quedarse.

Lars, cosa típica en él, estaba contentísimo e ilusionado, y confiaba plenamente en la habilidad de su mujer para adaptarse y unirse a la manada. Los noruegos, fieles a su naturaleza, prefieren desovar en aguas maternas. Por eso, Oslo está lleno de noruegos casados con una población fantasma de gente desplazada; todos con la apariencia de turistas conducidos cual niños por un museo de cera.

Con la ayuda de sus padres, Lars había comprado en 1992 un dúplex de tres dormitorios en Tøyen que ahora valía casi tres millones y medio de coronas. Esto parecía mucho para una parte de la ciudad que Sheldon asociaba con el Bronx. Lars y Rhea habían ahorrado quinientas mil coronas, y con la hipoteca necesaria —una cantidad importante, pero asumible— estaban buscando un piso de tres dormitorios en Frogner, que para Sheldon era el Central Park West local. Se trataba de una zona ligeramente conservadora, pero Lars y Rhea ya estaban cansados de esperar que Tøyen se aburguesara y la afluencia de inmigrantes estaba desviando el dinero a otras zonas y afectando a la calidad de las escuelas. Había una población creciente de paquistaníes y gente procedente de los Balcanes. Al parque local acudían somalíes para masticar *khat* y, en su sabiduría, el ayuntamiento había trasladado unas instalaciones de tratamiento de metadona al centro comercial que había al otro lado de la calle, lo cual había atraído a los heroinómanos. Por mucho que Rhea y Lars le intentaran explicar que la zona tenía «carácter», Sheldon solo veía amenazas.

Afortunadamente, sin embargo, no había norcoreanos, esos pequeños bastardos de ojos rasgados. Y si iba alguno, destacaría entre la multitud. Esconder a un norcoreano en Noruega es difícil. Hacerlo en Nueva York es como esconder un árbol en un bosque. Se encuentran en todas las esquinas, vendiendo flores y atendiendo colmados, mirándote con odio con sus ojos pequeños y brillantes y enviando mensajes codificados a Pionyang por telegrama para informar de tu paradero.

Le habían estado siguiendo desde 1951; estaba seguro. Después de matar a doce hombres llamados Kim que se encontraban en lo alto de un dique en Incheon, uno no puede esperar que le perdonen y le olviden. Los norcoreanos no. Poseen la paciencia de un chino, pero también la vena vengativa de un italiano. Y se mezclan entre la gente. A Sheldon le costó años aprender a distinguirlos, sentir su presencia, esquivarlos, engañarlos.

Pero aquí no. Aquí destacan entre la multitud. Todos y cada uno de esos desalmados. Todos y cada uno de esos chiflados con el cerebro lavado y bajo vigilancia de otro chiflado con el cerebro lavado, en caso de que el primero comience a sufrir de librepensamiento.

«¡Tengo noticias para vosotros, bastardos!», quiere gritarles. «¡Vosotros empezasteis la guerra! Y cuando lo asumáis, me deberéis una sincera disculpa».

Pero, incluso ahora, Sheldon no cree que quienes actúan engañados sean responsables de sus actos.

Mabel nunca entendió su aversión a los norcoreanos. Le dijo que estaba empeorando, que su médico también lo sospechaba, y que ya era hora de que entrara en razón y aceptara que nunca había sido un francotirador imaginario, sino un mero administrativo en Pusan, y que los norcoreanos no lo seguían. Nunca había disparado a nadie. Nunca había disparado un arma con ira.

Pocos meses antes de morir, ella volvió a decírselo.

—Estás empezando a chochar, Donny.

—No es cierto.

—Estás cambiando. Lo veo.

—Estás enferma, Mabel. ¿Cómo no va a afectarme eso? Además, llevas diciéndomelo desde 1976. Quizá no estoy cambiando.

Quizá eres tú quien lo está haciendo. Simplemente, te estás volviendo inmune a mis encantos.

—No es una acusación. Tienes más de ochenta años. Rhea me contó que, a los ochenta y cinco, más del veinte por ciento de la población sufre de alzhéimer. Es algo de lo que debemos hablar.

—¡No lo es!

—Tienes que comer más pescado.

—¡No tengo que hacerlo!

Retrospectivamente, se trató de una respuesta algo infantil, pero también una refutación sobradamente probada.

Con la edad, sus recuerdos eran cada vez más vívidos. El tiempo se plegaba de otro modo. Sin futuro, la mente volvía sobre sí misma. Eso no es demencia. Uno podría incluso decir que es la única respuesta racional ante lo inevitable.

Además, ¿a qué se debían esos recuerdos?

A principios de septiembre de 1950, Sheldon se perdió en Corea. A causa de una serie de acontecimientos únicamente comprensibles en aquel momento, fue recogido en la costa por el barco australiano *HMAS Bataan*, parte de la fuerza operacional 91, cuya misión era establecer y mantener un bloqueo para cubrir a las tropas norteamericanas que pretendían desembarcar en la playa. Debería haber formado parte de esas tropas, pero no fue así porque estaba en el *Bataan*. Sheldon, a quien por aquel entonces llamaban Donny, era integrante del equipo de combate del Quinto Regimiento de Marines, cuya misión era llegar a la playa Roja, pero durante la reasignación se había perdido, porque los ejércitos pierden cosas.

Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, Sheldon era demasiado joven para combatir. Lo único en lo que pudo pensar cuando cinco años después comenzó la de Corea fue que *esta* guerra no se la iba a perder y se alistó inmediatamente, solo para terminar —a la hora de la verdad— rodeado por una pandilla de paletos pueblerinos que no le querían dejar su bote de remos para que pudiera llegar a la orilla y comenzar a disparar a gente, tal y como se suponía que debía hacer.

—Lo siento, amigo. Puede que lo necesitemos. Solo tenemos cuatro. Barco pequeño, grandes armas, balas a nuestro alrededor. Lo comprendes, ¿verdad?

Así que, sin permiso de sus anfitriones australianos, decidió tomar prestado un bote —se negaba a utilizar el verbo «robar»—. Se dio cuenta de que no era tan descabellado que quisieran contar con todo su equipo de emergencia durante una importante misión de asalto anfibio, pero a veces la gente tiene diferentes necesidades y hay que tomar decisiones.

Por aquel entonces, Donny Horowitz contaba con veintidós años. Tenía la mente clara, el pulso firme y un chip en su hombro judío con la forma de Alemania. El ejército solo debía asignarle un rol adecuado y luego una misión apropiada. El rol fue observador-francotirador. La misión, Incheon.

La misión de Incheon fue tácticamente un desafío. Durante el último mes y medio, los norcoreanos se habían ido debilitando a lo largo del Perímetro Pusan, y el general MacArthur decidió que era el momento de flanquearlos tomando la ciudad portuaria de Incheon, en la costa occidental de Corea. El lugar, sin embargo, tenía unas playas pésimas y de accesos poco profundos, lo cual supeditaba las opciones de invasión al vaivén de las mareas.

Llevaban dos días bombardeando Incheon para debilitar sus defensas. No hubo soldado que no pensara en el Día D. Ni soldado que no pensara en lo que sucedió en la playa de Omaha durante el avance, cuando los bombarderos norteamericanos fallaron en sus objetivos y los tanques anfibios se hundieron en el fondo del mar, dejando a los soldados sin vehículos blindados que les proporcionaran protección y potencia de fuego. Y sin cráteres de bombas que poder usar como trincheras.

De ninguna manera pensaba Donny perderse la primera línea de esta invasión.

Esa mañana, en medio del humo y el fuego de artillería (entre los cuales los pájaros volaban frenéticamente), los regimientos Tercero y Quinto comenzaron a avanzar hacia la playa Verde en buques de desembarco con tanques Pershing en sus entrañas. Mientras tanto, Donny bajó el bote por el lateral del *Bataan*, luego descendió él con su rifle, y comenzó a remar en dirección al fuego de artillería que los norcoreanos disparaban a las embarcaciones.

En la playa Roja, los norcoreanos defendían un alto dique por el que los marines surcoreanos estaban ascendiendo con escalas.

En lo alto del muro había una hilera de tiradores intentando derribar norteamericanos, surcoreanos y cualquier otro que combatiera bajo la bandera de las Naciones Unidas. Por encima de sus cabezas se podían ver los arcos que describían los misiles. Los norcoreanos disparaban balas trazadoras de color verde suministradas por sus amigos chinos y se cruzaban con las rojas de los aliados.

Comenzaron a disparar directamente a Donny. Cuando estaban lejos, las balas parecían ir muy lentas, pero, a medida que se acercaban a él, aumentaban su velocidad, hasta que finalmente se hundían en el agua o agujereaban el bote.

Sheldon solía preguntarse qué debieron de pensar los norcoreanos, un pueblo supersticioso, cuando vieron aparecer a un soldado solitario en el agua, iluminado por las luces rojas, verdes, naranjas y amarillas del combate que se reflejaban en el mar y en las nubes del cielo matutino. Un pequeño demonio de ojos azules inmune a sus defensas.

Una cortina de fuego impactó con fuerza en el bote de Donny. Cuatro balas alcanzaron la proa, y luego la cubierta. El agua comenzó a entrar en el bote y rápidamente le llegó a las botas. Los marines ya habían llegado a la playa y avanzaban en dirección al muro. Podía ver las balas trazadoras verdes que los norcoreanos disparaban a su regimiento.

Estaba a cuatrocientos metros de la costa y tenía los pies metidos en su tumba marina. Ya que había llegado hasta allí, y teniendo en cuenta que era un mal nadador, Sheldon decidió utilizar su munición, *maldita sea*, antes que hundirse con ella.

Para ser un chico, tenía unas manos muy suaves. Medía uno setenta y nunca había hecho trabajos muy exigentes físicamente. Llevaba las cuentas de la zapatería de su padre y soñaba con jugar en los Red Sox y enviar la bola al Monstruo Verde⁴ de un fuerte bateo. La primera vez que sus dedos tocaron la base de los pechos de Mabel —por debajo de los aros de su sujetador durante una película de Bogart con Bacall—, ella le dijo que sus dedos eran tan suaves que parecían los de una chica. Esta confe-

⁴ Nombre con el que se conoce popularmente el muro del jardín izquierdo del campo de los Red Sox. (*N. del T.*)

sión despertó su apetito sexual más que cualquier película que hubiera visto.

Cuando se alistó, decidieron hacerle francotirador. Se dieron cuenta de que era sereno. Tranquilo. Inteligente. Enjuto, pero fuerte. Había ira en él, pero también capacidad de canalizarla a través de la razón.

Solemos considerar que las armas son cosas brutales que utilizan hombres fornidos. Pero el arte del fusil exige el más sutil de los tactos; como el de un amante o un relojero. Ha de haber un perfecto entendimiento entre el dedo y el gatillo. Contener el aliento mediante un disciplinado control. Utilizar todos los músculos para permanecer en la más absoluta inmovilidad. La dirección del viento en la mejilla encuentra su correspondencia en la elevación del cañón; alzado ligeramente como por el vaho de un pastel de arándanos en una tarde invernal.

Y, en ese momento, con los pies en el agua, Donny apuntó a los lejanos objetos que había en lo alto del muro, parpadeando en la niebla. El fuego de artillería no le ponía nervioso. El agua en las botas no era más que una sensación sin significado alguno. El pájaro que chocó contra su muslo en medio de la confusión de ruido y humo, solo una leve molestia. Sheldon se abstraigo de todo y hasta el día de hoy recuerda esos momentos con música. Lo que oyó, y sigue oyendo en su recuerdo, es la suite para violonchelo solo número uno en sol mayor de Bach.

En ese momento de profunda calma, de paz absoluta, se desprendió de la ira de su juventud. La música, la niebla, el agua diluyeron el odio antinazi que corría por sus venas.

Y en ese momento de gracia, Donny asesinó.

Con el cañón de un M1 Garand calibre 30 inusualmente preciso, Donny vació tres cargadores de munición antiblindaje de 168 gramos en treinta segundos. Mató a doce hombres que se encontraban en lo alto del malecón desde una distancia de cuatrocientos metros, permitiendo con ello que los primeros marines norteamericanos llegaran a la cima sin perder hombres mientras él sangraba de una herida de bala superficial en la pierna izquierda.

Su acto fue el más pequeño de los gestos, como tirar un guijarro en un charco de agua y desbaratar con ello el reflejo de la noche en su superficie.

Por supuesto, todo esto no se lo contó a Mabel hasta mucho más adelante. Tanto tiempo pasó, en realidad, que ella ya no le creyó. Tenían un hijo del que ocuparse y para Sheldon el heroísmo era un asunto privado. Al principio dijo que había sido un oficial de logística en una zona más al sur y mucho más segura. ¿La herida? Se la hizo tropezando con un rastrillo en un cobertizo. Lo convirtió en un chiste.

«Comparado conmigo, era el utensilio más afilado del cobertizo».

Sheldon recibió la Mención de Honor de la Armada y el Corazón Púrpura por su papel en la invasión. Se preguntaba, sin embargo, dónde los debía de haber puesto. Había regentado un taller de reparación de relojes. Debían de estar en cualquier lugar, en cualquier recoveco. Eran la única prueba tangible de que no había perdido la cabeza, ahora que la tienda ya no existía y su contenido se había vendido. Todo lo que antaño había estado perfectamente ordenado había quedado desperdigado. De vuelta al mundo, nuevos coleccionistas habrían incluido las medallas en nuevas colecciones y luego volverían a desperdigarse a medida que los coleccionistas fueran desapareciendo.

«Esta vida». ¡Qué pregunta! Nadie quiere saber la respuesta a eso.

«En esta vida, mi cuerpo, antaño erguido, se ha convertido en una ramita marchita. Recuerdo vagamente mi infancia en Nueva Inglaterra. Las exuberantes tierras y los bosques de hayas al otro lado de las ventanas de mi dormitorio. Y a mis padres cerca.

»En esta vida, cojeo como un anciano cuando antaño podía volar por encima de las dudas y las contradicciones.

»En esta vida, mis recuerdos son el humo que me asfixia y que arde en mis ojos.

»En esta vida, recuerdo deseos que nunca volverán. De cuando todavía era un amante con los ojos más azules que ella hubiera visto nunca; más profundos que los de Paul Newman, más oscuros que los de Frank Sinatra.

»¡Esta vida! Esta vida llega a su fin sin ninguna explicación o disculpa, y cada sensación de mi alma o rayo de luz a través de una nube amenaza con convertirse en mi final.

»Esta vida fue un sueño abrupto y trágico que tuve a altas horas de una madrugada de sábado, mientras el amanecer se reflejaba en el espejo del tocador de ella, y yo contemplaba estupefacto cómo el mundo se desvanecía en un fundido en blanco».

Y aunque alguien quisiera saber la respuesta, ¿quién queda para contársela?